

EL TESORO DE LA ISLA

CONOZCO UNA ISLA, PEQUEÑA COMO UN GUISANTE en la mano del mar, que si pudiera hablar contaría historias de las grandes, como las que se cuentan de las islas de verdad. Parece que fuera empujada ahí, al final de la bahía, donde el mar se acaba, donde comienza el mar.

Cuando yo era niña nos decían que nadie podría alcanzarla a nado, que la rodeaba una corriente que derrotaría a todo aquel que lo intentara. Y cada verano jugábamos a idear, desde la playa, cómo llegar hasta aquella tierra inexpugnable.

Crecí escuchando, una y otra vez, historias parecidas sobre sueños imposibles, pero he comprendido con el tiempo que todos los retos tienen corrientes que te alejan de ser alcanzados. Y es justo ahí donde radica toda la emoción.

Lo que de verdad nos engancha a los aventureros a armar nuestros barcos, montar trineos y mochilas y cargar con pesados utillajes no es tanto la certeza absoluta de lograr lo que nos proponemos, como la posibilidad, casi innombrable, de no llegar a conseguirlo.

Un viaje, una aventura, una expedición no es solo una cuestión de kilómetros recorridos ni de altitud alcanzada, sino de profundidad, de la profundidad a la que seas capaz de trascender en tu aventura.

He contemplado paisajes de arena y nieve como los vería un ave desde la cúspide de una corriente térmica o un alpinista sostenido en el alambre del aire, allí, en los Finales del Mundo, que resultaron ser más de uno. He atravesado desiertos de hielo por donde no cruzan las aves ni había aristas sobre las que alzarse. Y he visto las inexistentes montañas nevadas de Crocker, allá donde el mundo se pierde por el norte...

Todos esos instantes de riesgo y lucidez extraordinaria, de emoción imborrable, se encienden solos en mi cabeza como cristales de hielo sorprendidos por la luz del amanecer cuando los rememoro. Y ese es, al final del camino, el verdadero tesoro: la capacidad inmortal de revivir, una y otra vez, el último resplandor de tu viaje, la cima que hay más allá de la cima.